

Nota introductoria

Las meditaciones recogidas en este volumen forman parte del plan de trabajo propuesto a los grupos del Movimento Rinascita Cristiana durante los cursos 2002-2003 y 2003-2004. Sólo he añadido al texto original algunas reflexiones introductorias y conclusivas. Hemos escogido el evangelio de Mateo porque permitía mostrar de una manera más evidente el modo como el Nuevo Testamento relee e interpreta el Antiguo. La lectura de estas meditaciones requerirá, en consecuencia, un esfuerzo particular por parte del lector, porque no se trata sólo de recorrer los paisajes conocidos del evangelio, sino de descubrir por detrás de los panoramas familiares un mundo poco explorado, o sea, las páginas del Antiguo Testamento que los primeros lectores del evangelio de Mateo conocían de memoria y que Mateo redacta de nuevo tras la toma de Jerusalén por el ejército romano en el año 70 d. C. El propio evangelio de Mateo describe a su lector como un padre de familia que «saca de su tesoro cosas nuevas y viejas» (Mt 13,52). Todo descubrimiento será también, invariablemente, un redescubrimiento. Volveremos a menudo sobre el tema, pero me parece que valía la pena avisar al lector, desde el principio, del carácter propio de esta serie de meditaciones escogidas según un criterio específico.

No vamos a tratar todo el evangelio de Mateo por esta razón. Nuestra única finalidad es abrir nuevas perspectivas sobre un evangelio muy conocido, muy estudiado y muy meditado, pero en raras ocasiones presentado como una reelec-

tura sistemática de algunas páginas fundamentales de la tradición bíblica y hebrea a la luz del *acontecimiento Jesucristo*. Nuestro libro no pretende ser en absoluto un comentario completo del evangelio de Mateo; se trataba de abrir un camino en una dirección precisa, de hacer nacer el gusto por el viaje, pero sin cansar al viajero con explicaciones excesivas. Esperamos haber conseguido este objetivo.

Tengo que expresar, de modo particular, mi agradecimiento a la señora Francesca Sacchi y a don Federico Giuntoli, que han revisado y corregido el texto italiano de estas meditaciones.

Jean-Louis Ska

17 de marzo de 2004

Fiesta de San Patricio

Obertura

El evangelio de Mateo, una cantata a dos voces

1. Marco histórico del evangelio de Mateo: la destrucción de Jerusalén y la Academia de Yamnia

El evangelio de Mateo fue escrito, probablemente, hacia finales del siglo primero d. C., es decir, alrededor de los años 80-90 d. C. Esto significa que este evangelio es posterior a la destrucción de Jerusalén el año 70 d. C. (el templo fue incendiado el 29 de agosto de ese año). Hay claras alusiones a estos acontecimientos en el llamado «discurso escatológico» de Jesús que aparece en Mt 24. El primer evangelista, que escribe, por tanto, cuando ya han pasado más de 50 años de la muerte de Cristo, reflexiona sobre el mensaje del Evangelio después de una serie de experiencias más que traumáticas para el pueblo judío. La destrucción del templo significaba la pérdida de uno de los símbolos más importantes de la religión judía. Perdido el templo y acabado el culto que en él se desarrollaba, no les quedó a los fieles judíos más que la «ley». Esto nos lleva a hablar de un segundo acontecimiento muy importante para la comprensión del evangelio de Mateo: la fundación de la Academia de Yamnia.

Hacia el año 80, un rabino famoso llamado Yochanan (Juan) ben Zakkai funda la Academia de Yamnia (Yabné), pequeña ciudad cercana a la costa, al sur de la actual Tel Aviv, en la que enseña la «ley de Moisés». Con la fundación de esta academia nace, en realidad, el judaísmo moderno, porque en

ella se establecen los que habrán de ser los fundamentos de la fe de Israel. El judaísmo de hoy (si prescindimos del actual movimiento sionista) deriva directamente del que fue esbozado, elaborado y decidido en Yamnia. Entre otras cosas, esta academia inicia la discusión sobre los «libros» inspirados, que irán formando poco a poco el «canon» de la Biblia judía. Asistimos, por consiguiente, al nacimiento de un judaísmo que se define casi únicamente gracias a la «ley de Moisés», porque debe prescindir del templo y de su culto. Yochanan ben Zakkai declaró, por ejemplo, que las «buenas acciones» valían más que los sacrificios y podían sustituirlos muy bien. Este judaísmo es el heredero directo del movimiento de los fariseos del que hablan frecuentemente los evangelios. Los fariseos, ya antes de la destrucción del templo, consideraban la ley de Moisés como el verdadero eje de la existencia de Israel.

1.1. Los cristianos se separan de los judíos (66-70 d. C.)

El judaísmo de Yamnia, sin embargo, se definió también en contraposición con el cristianismo naciente. ¿Por qué? Las razones principales fueron, por lo menos, dos.

En primer lugar, los cristianos se negaron a participar en la lucha armada contra Roma, probablemente por motivos religiosos y «políticos» en el sentido amplio de la palabra. Este rechazo sigue siendo, no obstante, un verdadero enigma histórico por falta de documentos unívocos. Debemos contentarnos con realizar conjeturas razonables. Por ejemplo, los especialistas en esta cuestión dicen que los cristianos esperaban el retorno de Cristo o una intervención suya decisiva, y por eso consideraban inútil un enfrentamiento armado contra el Imperio romano. Por otra parte, el «Reino» anunciado por Cristo no coincidía exactamente con las esperanzas de los otros judíos. Los cristianos consideraban también el «Reino de Cristo» como un reino universal: ésa es la razón de que los cristianos, según los exégetas, se consideraran «ciudadanos del

mundo» –y, por consiguiente, también ciudadanos del Imperio romano– y no quisieran perder la simpatía de los romanos. Intentaban, por tanto, mostrarse como «buenos ciudadanos» del Imperio y evitaban cualquier actitud hostil respecto a éste (cf. Rom 13,1-7). Los primeros cristianos, todos ellos de origen judío, eran además poco numerosos y, probablemente, se daban cuenta de la inutilidad de una lucha armada contra el Imperio, que estaba a punto de alcanzar el apogeo de su poder. Para quien conoce el Antiguo Testamento, los cristianos habrían adoptado respecto a los romanos una posición semejante a la del profeta Jeremías respecto a la potencia babilónica. Jeremías había dicho, más de seis siglos antes, que era inútil oponerse al rey de Babilonia y, en consecuencia, resultaba más razonable aceptar su hegemonía, sin renunciar, obviamente, a su propia identidad y su propia fe.

Junto con diferentes especialistas, podemos añadir que los cristianos se oponían a la violencia a causa de la predicación y del ejemplo de Jesucristo. Cristo, muerto en la cruz y resucitado, se había negado a hacer triunfar su punto de vista con armas diferentes a la de la fuerza de persuasión de su palabra. Participar en una rebelión armada habría significado traicionar el Evangelio en un punto esencial. Por último, como fácilmente puede deducirse del Nuevo Testamento, los cristianos estaban convencidos de que Cristo era el Mesías. En consecuencia, el *acontecimiento Jesucristo* era el acontecimiento más importante de la historia de Israel, y una victoria sobre los romanos no hubiera cambiado la «historia de la salvación» esencialmente, puesto que todo había sido «dado» ya con Jesucristo.

En segundo lugar, los cristianos se separaron de los otros judíos porque no querían basar su identidad en el estudio y en la observancia de la ley, sino en la fe en Jesucristo. Sin embargo, en aquel momento tan crítico para el futuro de Israel como pueblo, era de importancia capital unir todas las fuerzas a fin de poder sobrevivir a las tribulaciones. Ahora bien, los judíos y los cristianos no consiguieron entenderse y

se dividieron. Se puede comprender que los judíos se sintieran decepcionados cuando comprendieron que los cristianos no estaban dispuestos a «colaborar» y preferían ir «por su cuenta». La «secesión» de los cristianos debilitaba a los judíos, ya de por sí poco numerosos. Este dato, de hecho, es esencial para situar en su justa perspectiva algunas páginas del evangelio de Mateo escritas, precisamente, en este momento de altísima tensión.

1.2. ¿Cuál es el «verdadero Israel»?

La discusión entre judíos y cristianos se volvió cada vez más áspera y condujo, de inmediato, a un punto crucial para ambas partes: ¿quién está en condiciones de salvar a Israel? La apuesta, alrededor del año 80, tras la destrucción del templo, era sencilla en las palabras, pero crucial en los hechos: se trataba de saber cuál era el «verdadero Israel». ¿Quién es el auténtico heredero de la fe de los patriarcas, de las experiencias fundamentales del éxodo, del Sinaí y del desierto? ¿Quién es el verdadero «discípulo» de Moisés? ¿Quién salvará a Israel de la desaparición y del olvido? Ambos grupos, los cristianos y los fariseos, se disputaban este privilegio. Por una parte, los judíos, apoyándose en las reflexiones iniciadas en Yamnia, convirtieron la observancia de la ley de Moisés en el eje de su identidad; por otra, el evangelio de Mateo —así como una gran parte del Nuevo Testamento— pretende demostrar que los cristianos forman el «verdadero Israel», aquel por el que Dios había cumplido sus promesas. Dicho con otras palabras, para los cristianos, la salvación de un Israel trastornado por la violenta intervención de los romanos y por el violento final de la resistencia armada (baste con recordar el asedio a Massada, que acabó, como es sabido, el año 73 d. C.) viene no de la sola fidelidad a la ley de Moisés, sino de la fe en Jesucristo. ¿Cómo procede Mateo para demostrar la justedad de su punto de vista? Ésta es la pregunta a la que debemos responder ahora.

2. La doble lectura de Mateo

El evangelista Mateo se encuentra ante una doble tarea. Por una parte, debe mostrar que Cristo es, verdaderamente, el Mesías prometido por las Escrituras, el que «salva» a su pueblo e impide que desaparezca definitivamente de la escena de la historia. Por otra, se siente también obligado a releer el Antiguo Testamento, las Escrituras de los judíos, en particular las estudiadas por los fariseos en torno a Yochanan ben Zakkai en la Academia de Yamnia, para ver cuáles son las líneas de fuerza que conducen a la Buena Noticia de Jesucristo. El Antiguo Testamento era interpretado, efectivamente, de manera diferente por los judíos y por los cristianos. Para los judíos, Cristo no era en modo alguno el Mesías anunciado, porque no había cumplido las Escrituras. A fin de responder a estas objeciones, Mateo argumenta a partir de las Escrituras, porque quiere convencer a los judíos luchando, por así decirlo, en su propio terreno. Por otro lado, elige discutir sobre las Escrituras para tranquilizar a los cristianos de origen judío y confirmarlos en su fe en Jesucristo. Para Mateo, un judío que cree en Jesucristo no traiciona su fe ancestral; al contrario: ser cristiano es la mejor manera de ser un auténtico miembro de Israel.

2.1. *Las objeciones*

Uno de los puntos más difíciles de la demostración mateana era la muerte de Jesucristo en la cruz. Para muchos judíos, esta muerte ignominiosa –es necesario recordar que la muerte en la cruz estaba reservada a los esclavos y a los criminales de derecho común– era un signo evidente de «desaprobación divina». Dios había abandonado a Jesús de Nazaret, no le había defendido ni le había salvado. En consecuencia, Dios había demostrado claramente que no apoyaba la misión de Jesucristo.

Además, Jesucristo había decepcionado las esperanzas de Israel: no había reconquistado la autonomía política ni

había restaurado la dinastía davídica. Israel no había recuperado el esplendor de antaño y seguía sometido aún al Imperio romano. Lo que muchos judíos esperaban, a saber: un tiempo de paz, de abundancia y de felicidad (cf. Is 11,1-9), se había quedado en un sueño, sin convertirse en realidad. Por último, Jesucristo había sido criticado y rechazado por las autoridades religiosas de Israel y eliminado por los romanos. En consecuencia, no podía ser el Mesías prometido.

Había otros puntos sensibles. Por ejemplo, Jesús era galileo, no era judío: era oriundo de Nazaret, pequeña ciudad nunca mencionada en el Antiguo Testamento. Circulaban también voces no del todo benévolas sobre su nacimiento, porque no se sabía exactamente quién era su padre. La actitud de Jesús –y de los cristianos– respecto a la ley de Moisés y respecto al templo era otro motivo de contestación. En tiempos de Jesús, estos dos elementos constituían los fundamentos de la identidad de Israel. A pesar de esto, Jesús se había mostrado crítico –o no bastante respetuoso– respecto a ellos. Este modo de proceder ponía en peligro «la seguridad nacional», para emplear una expresión moderna. Además de esto, las autoridades del pueblo judío, los fariseos y los saduceos acusaban a Jesús de «engañar» al pueblo con falsas esperanzas (cf. Mt 27,63: «ese impostor...»). Éstos eran los puntos de fricción más importantes entre Jesús y los judíos de su tiempo.

2.2. *Las respuestas*

2.2.1. *Reino de David y Reino de los Cielos*

Mateo responde, en primer lugar, proponiendo su lectura del Antiguo Testamento, basada en una interpretación tradicional, aunque no siempre popular. Se apoya, en gran parte, en el hecho de que la monarquía había sido un fracaso en Israel. Son pocos los reyes de Israel que se salvan: David, Josafat, Ezequías, Josías. Incluso a Salomón, el gran Salomón,

se le critica en el Antiguo Testamento, porque en la segunda parte de su reino no consiguió permanecer fiel al ideal representado por su padre, David. En consecuencia, sería un error esperar un «rey» semejante a los soberanos recordados en el Antiguo Testamento. Una figura de este tipo no puede salvar a Israel; al contrario, provocará desgracias semejantes a las ocasionadas por los reyes del pasado. Los recientes acontecimientos –la toma de Jerusalén y el incendio del templo– constituyen otra prueba que confirma la tesis defendida por Mateo. Es preciso renunciar definitivamente a restaurar el mítico «reino de David» mediante la fuerza de las armas, para esperar y preparar, en cambio, la venida del «Reino de los Cielos». Este Reino, descrito en el evangelio, ya no se define como territorio, sino como actitud esencial ante las grandes cuestiones de la existencia, con palabras y expresiones sencillas como «fe», y como «estilo de vida» personal y comunitario. En consecuencia, este Reino no conoce fronteras, a no ser las del espíritu, y no es monopolio de una nación o de una raza, porque está fundado sobre opciones libres y no sobre principios como el nacimiento, la genealogía o los vínculos de sangre.

2.2.2. Jesucristo, hijo de David e hijo de Abrahán (Mt 1,1)

Mateo demuestra, en segundo lugar, que Jesús hunde sus raíces en la historia de Israel. Los dos primeros capítulos de su evangelio tienen esta finalidad. Gracias a la genealogía y a los relatos de la infancia, Mateo suministra las pruebas de que Jesús es verdaderamente hijo de Abrahán, un verdadero israelita, un «hijo de buena familia». José, su padre, le ha reconocido como hijo y, por tanto, es hijo suyo desde el punto de vista legal y, a través de José, forma parte de la descendencia de David, aunque siga cerniéndose un «misterio» en torno a su nacimiento. Mateo consigue –o al menos lo intenta– dar una base bíblica al nombre «Nazareno» (Mt 2,23). El texto sigue siendo difícil y su interpretación muy discutida. El intento de Mateo es, sin embargo, evidente: quiere relacionar

el nombre «Nazareno» con un texto de la Escritura y, a través de ello, con la historia de la salvación¹.

2.2.3. Jesucristo y la experiencia basilar del éxodo

Por otra parte, Jesús revive en el evangelio de Mateo, inmediatamente después de su nacimiento, la experiencia esencial de su pueblo: el éxodo. Mateo interpreta así lo que llamamos «la huida a Egipto» y el retorno a su patria. El primer evangelio encuentra también aquí importantes nexos con el Antiguo Testamento. Israel nació cuando el Señor lo hizo salir de Egipto, de la casa de esclavitud. El pueblo elegido nació, por tanto, antes de la conquista de la tierra y de la monarquía de David, y las raíces del Evangelio son, de modo semejante, más «antiguas» que la conquista de la tierra y que la monarquía. Se trata de unas afirmaciones importantes: el éxodo supone para la existencia de Israel la experiencia de la «libertad», es algo esencial. Israel, al contrario, puede prescindir de la posesión de la tierra y de la monarquía, como pasó tras el exilio o en la época de la redacción del evangelio, bajo el dominio romano. Existe, sin embargo, una libertad que el Imperio romano no puede negar o suprimir, y un «Reino de los Cielos» que ningún ejército conseguirá jamás conquistar, y ése es el Reino que Jesús ofrece a su pueblo, por ejemplo en el sermón de la montaña. El «Reino de los Cielos», por otra parte, no es un «reino espiritual» alejado de los acontecimientos de este mundo. Tampoco está enteramente ligado a las vicisitudes de este mundo; por ejemplo, a los cambios políticos. Su fundamento se sitúa a una profundidad a la que no llegan los grandes vaivenes que sacuden a las potencias de este mundo.

¹ Los exégetas dudan sobre el texto bíblico al que Mateo pudiera referirse. El evangelista podría haber relacionado el nombre «Nazareno» con la palabra *nazir* («consagrado»; cf. Nm 6,1-21; Jue 13,5,7; 16,17; 1 Sm 1,11; Lc 1,15), con la raíz *neser* («brote», «vástago», «renuevo») de Is 11,1 («el renuevo del tronco de Jesé») e incluso con el verbo *nasar* («guardar», «conservar», «proteger»; cf. Is 42,6; 49,8). De todos modos, es importante señalar la voluntad expresa de Mateo de arraigar el nombre «Nazareno» en el Antiguo Testamento.

2.2.4. *La muerte en la cruz y la muerte del justo*

Por último, Mateo pretende justificar algunas opciones fundamentales de Jesús, como la de no sustraerse a la muerte violenta en la cruz. ¿Cómo explicar este aparente «fracaso»? También en este caso relee Mateo el Antiguo Testamento y encuentra textos que explican el valor de una actitud no violenta. Presenta a Jesús, entre otras cosas, como el «justo perseguido» de los salmos y como el justo que sufre de Is 52–53, un justo que confía su suerte exclusivamente en manos del Señor y es salvado. Dios, en efecto, responde a las autoridades de Israel, que escarnecen y se burlan del crucificado diciendo: «A otros salvó, y a sí mismo no puede salvarse. Si es rey de Israel, que baje ahora de la cruz y creeremos en él. Ha puesto su confianza en Dios; que lo libre ahora, si es que lo quiere, ya que decía: “Soy Hijo de Dios”» (Mt 27,42-43). El centurión romano y los guardias que le acompañaban son los primeros en responder cuando el oficial romano dice, tras la muerte de Jesús: «Verdaderamente éste era el Hijo de Dios» (Mt 27,54). A continuación, la resurrección de Jesucristo, la misión de los discípulos y la difusión del Evangelio entre las naciones constituyen las pruebas más evidentes de que Dios no había abandonado a Jesucristo. En consecuencia, Cristo había elegido el camino justo, y los hechos le dan la razón. El que cree en el “vangelio elige, por tanto, un «camino ganador», aunque las apariencias puedan hacer creer lo contrario.

3. Conclusión

El evangelio de Mateo propone, en suma, una «lectura» del *acontecimiento Jesucristo* destinada a lectores que conocían bien el Antiguo Testamento. El primer evangelio es una «cantata a dos voces» porque sigue, al mismo tiempo, dos líneas: por una parte, cuenta los acontecimientos más importantes de la vida de Jesús y, por otra, propone una interpretación de los mismos basada en las Escrituras judías. Pretender reducir

el evangelio a la sola narración de la vida de Jesús sería empobrecerlo mucho. Se oiría una sola voz y, por consiguiente, se convertiría en un canto «monótono».